

ACHICAR EL ESTADO Y AGRANDAR LA BUROCRACIA

Sería gracioso, si no fuera dramático: mientras más se achica el Estado, más se agiganta la burocracia. Al asumir el poder, el actual régimen anunció pomposamente la reducción del aparato administrativo estatal, hinchado desmesuradamente por sus predecesores que cambiaron la estructura del Poder Ejecutivo justamente con el mismo argumento: aligerar la pesada carga de funcionarios, chupona del presupuesto y entorpecedora de la fluidez administrativa. Pero, fiel a la tradición folklórica, el general Banzer entró al Palacio arrastrando una larga cola de adeptos, adictos, acólitos y aliados, todos pedigüños, cuyo activismo político estaba obligado a retribuir con "pegas" de diverso tamaño y cotización.

El crecimiento desmesurado de la bien llamada "burocracia insensible e insatisfecha", caracterizada por su ineptitud y su corrupción, no es sólo uno de los principales obstáculos para el desarrollo, sino también uno de los signos más visibles del descalabro de la democracia. La burocracia se ha convertido en una amenaza para las libertades individuales, y ya no es sólo un sinónimo de ineptitud y corrupción, sino inclusive una mala palabra. Todos los ciudadanos se quejan de la "estúpida burocracia" proclive al cohecho y al favoritismo, apegada a reglamentos rígidos y a estructuras irracionales que hacen intolerable la vida en sociedad y convierten al Estado en un villano.

El crecimiento de un país apareja inevitablemente el crecimiento de la burocracia, pues todas las entidades estatales, empresariales, laborales, religiosas y educativas, necesitan recursos humanos que desempeñen diversas tareas especializadas. Ninguna sociedad organizada podría funcionar sin administradores responsables y jerarquizados, de modo que la burocracia es en cierto modo una estupidez necesaria, sin que esto signifique que tenga que ser necesariamente estúpida. Pero lo es, porque los burócratas no están jerarquizados por capacidad, por virtud ni por mérito, sino por la sola voluntad de un mandamás que extiende nombramientos a cambio de servilismo, adulación y complicidad.

El nuestro no es el único país donde se vive ya la pesadilla kafkiana: un mundo de expedientes, archivos, circulares, informes y papeleos que miles de funcionarios se encargan de hacer más complicados y fastidiosos. Bolivia ha sido siempre un país infestado de funcionarios y empleados públicos con confusas atribuciones, competencias y tareas, no sólo porque el Estado es el mayor empleador, sino también el menos exigente y el más fácil de saquear. El tupido follaje burocrático brota del Poder Ejecutivo, y no sólo se extiende a

la administración pública, sino las universidades, al ejército, a la policía, y a todas las instituciones sujetas a la partidocracia exclusivista y depredadora.

Bien dice el escritor Mariano Baptista que Bolivia se ha convertido en un "país tranca", porque "en cada oficina pública o ente semi-autónomo hay tres o cuatro empleados para la función que uno solo podría realizar sin ninguna fatiga". Así, se ha creado una "nueva clase" de funcionarios, engreída, abusiva e ineficiente que entraba o hace imposible todo procedimiento o gestión. Los ciudadanos, sujetos a trámites y papeleos aún antes de nacer y después de morir, quedan atrapados en la infinita maraña de leyes, reparticiones y funcionarios, si no recurren al expediente de "aceitar" adecuadamente la maquinaria. Burocracia, papeleo y corrupción se alimentan entre sí, conformando un inmenso círculo vicioso.

Muchos investigadores, especialmente los sociólogos, se han preocupado por este problema y han tratado de encontrar un orden en la compleja interrelación de los fenómenos sociales. Pero en las ciencias sociales ninguna situación se puede reproducir en laboratorio, y no es fácil demostrar proposiciones teóricas en base a investigaciones empíricas. Por largo tiempo predominaron las ideas de Max Weber, que argumentaba que las sociedades modernas se convertirían fatalmente en Estados burócratas, convergiendo en patrones burocráticos uniformes; pero el colapso de las economías centralizadas en todo el mundo lo desmintió.

Es razonable pensar que las burocracias podrían alcanzar cierto grado de eficiencia si la autoridad de los funcionarios se basara en la aptitud técnica, sin injerencia de favoritismos, nepotismos ni partidismos. Pero esto significaría la muerte de los partidos políticos, por inanición, ya que no podrían reclutar militantes si no dispusieran de la administración pública como cebo. Se alimentan de la burocracia, engordando o enflaqueciendo correlativamente a sus posibilidades de lograr el poder, porque la cédula de inscripción al partido es el único certificado válido para acceder a la función pública, La "pega", o por lo menos la perspectiva de conseguir una, es la mejor carnada para pescar militantes.

Repito que sería gracioso, si no fuera dramático, porque los planes económicos que nos imponen los organismos de crédito internacional se basan justamente en el supuesto de que, achicado el Estado, se achica el gasto fiscal y se limita la corrupción. Nuestros gobernantes acatan las recetas sin chistar; pero no pueden reducir la burocracia, porque los burócratas son la sangre de los partidos oficialistas y el sustento de los grandes líderes.

Así, nunca sabremos si las fórmulas neoliberales fracasan porque son malas o porque están mal aplicadas.

AUTOR: *Waldo Peña Cazas*, Periodista

Responsable de edición: [María Lohman](#)